

FORMACIÓN CIUDADANA

Edwin Camilo Saavedra Espitia

EJE 2

Analicemos la situación



Introducción	3
La apuesta ciudadana y la guerra en Colombia	4
La ciudadanía y la guerra en Colombia	6
Primer periodo: 1958-1982	7
Segundo periodo: 1982-1996	9
Tercer y cuarto periodo: 1996-2017	10
La autonomía	12
La libertad	13
Lo imposible como una forma de pensar lo posible.	14
Bibliografía	17

Todos hemos escuchado que nuestro país ha sufrido una prolongada y dolorosa guerra política y militar en torno al territorio, el poder, los cultivos ilícitos y el olvido estatal. La violencia ha provocado incalculables daños en los proyectos de vida de los habitantes del país y un gran peso en lo rural y en toda la sociedad. Desde lo académico, lo judicial y lo comunitario, se ha planteado la necesidad de acabar con esta dolorosa guerra, pues sus distintas modalidades de violencia (desplazamiento forzado, asesinatos selectivos, masacres, **desapariciones** y **falsos positivos**) han causado millones de muertes.

Sin embargo, es importante anotar, como lo han hecho distintos especialistas, que el conflicto colombiano presenta un panorama complejo que se expresa tanto en los procesos políticos, sociales y económicos como en el nacimiento de la violencia producto de las guerras ocurridas en este territorio después de la segunda mitad del siglo XX.

Continuemos con el eje 2 para observar estos hechos.



Desaparición forzada

Término jurídico que designa un crimen de lesa humanidad y que se caracteriza, generalmente, por el secuestro, la tortura y el asesinato de una o varias personas sin que la familia de los afectados ni la sociedad reconozcan su paradero (Grupo de Memoria Histórica, 2013).

Falsos positivos

Práctica de las Fuerzas Militares de Colombia durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez que consistía en reclutar jóvenes de barrios pobres para asesinarlos, haciéndolos pasar por guerrilleros caídos en combate (Grupo de Memoria Histórica, 2013).

La apuesta ciudadana y la guerra en Colombia






Figura 1. La guerra en Colombia ha afectado profundamente el tejido social y ciudadano. En la foto se ve el funeral de 20 granjeros asesinados por paramilitares en Yolombo
Fuente: goo.gl/hT9NP2

Desde las guerras de independencia —pasando por la violencia partidista, el conflicto campesino que desembocó en la creación de la guerrilla y el nacimiento de los **paramilitares**— hasta los acuerdos de paz, vivimos sensaciones de declive, deterioro, mejora, peligro y seguridad, contradicciones que hacen parte cotidiana de la realidad nacional.

Es pertinente vincular buena parte de esos sucesos a un contexto social que, en las últimas décadas del siglo XX, ha ampliado la brecha entre los sectores más marginados y los más pudientes, y ha quebrantado las libertades individuales; en suma, ha aniquilado la **autonomía** y la libertad. Por supuesto, el rasero histórico y las actuales decisiones de los ciudadanos y del Estado que le apuestan a la conciliación nacional no nos eximen de indagar sobre los procesos morales e históricos y la violación de la dignidad humana para construir una postura crítica frente a la historia y a nuestra función como ciudadanos.



Paramilitares

Grupos privados y particulares que tienen organización militar, pero que no hacen parte legal de la milicia. Generalmente, apoyan clandestinamente, con o sin aprobación, las funciones militares del Estado. En Colombia, junto al fenómeno guerrillero, han sido causantes de la mayoría de los crímenes de lesa humanidad contra la población civil. (Grupo de Memoria Histórica, 2013).

Autonomía

Facultad de uno o varios ciudadanos de actuar según decisión propia, sin importar el mandato, deseo o poder de otros, siempre y cuando se respeten las libertades de los otros (Kant, 1989).

Hacer un rastreo crítico a estas situaciones nos obliga a conceptualizar los elementos fundadores de la vida en ciudadanía, especialmente, la libertad, la autonomía, la ley y el Estado, además de todos aquellos elementos que posibilitaron el estado de cosas actual en nuestro país. Además, debemos reconocer las imposibilidades en torno a los vínculos humanos y ciudadanos, esto último como teoría, mirando qué papel han tenido las concepciones políticas sobre los mismos, puesto que reconocer los límites es una de las formas de construir lazos sólidos, con el fin de que la libertad y la autonomía no sean solo elementos conceptuales, sino posibles para quienes, por situaciones contingentes, han nacido en desventaja. Todo esto se debe aterrizar en un contexto histórico y cultural específico desde una perspectiva crítica.

La ciudadanía y la guerra en Colombia

La guerra en Colombia ha tenido muchos matices: los actores, la extensión del territorio y las causas han variado. Los millones de afectados y víctimas han tenido que enfrentar estos matices, puesto que, año tras año, se han ido endureciendo las modalidades de violencia. Para superar este doloroso proceso y darle un enfoque ciudadano, es necesario preguntarnos por el contexto en que emergió el conflicto, sus cambios y las razones de su mantenimiento. Antes de los acuerdos de La Habana, el conflicto colombiano era el más largo del mundo en relación con un diálogo definitivo para acabar con el mismo.

En este sentido, es necesario problematizar y dar contexto, de forma sintética, a la evolución del conflicto para que cada uno de nosotros pueda entender las razones por las que es importante participar en la construcción de una ciudadanía para y por la paz. También es substancial saber cuáles son los límites de nuestra acción y comprender que una buena implementación de los acuerdos de paz está determinada por la solución del problema agrario, la eliminación del narcotráfico, la participación y la representación política y el profundo olvido del Estado a cientos de poblaciones rurales.

Para problematizar y dar contexto, es obligatorio mostrar cuatro momentos esenciales del conflicto. El primer periodo (1958-1982) nos va a mostrar el cambio de la violencia bipartidista a la subversiva, especialmente el nacimiento de las guerrillas y la movilización social. El segundo (1982-1996) se diferencia por el predominio de la política, la expansión y el crecimiento táctico de las guerrillas, entre otros factores. El tercero (1996-2005) nos muestra lo sanguinario que puede llegar a ser el conflicto armado, respecto a las víctimas y los daños colaterales. También podemos ver las expansiones de otros grupos armados como los paramilitares. Por último, el cuarto (2005-2017) marca el reacomodo del conflicto armado, la negociación de los procesos de paz y la aparente solución del conflicto. Este contexto nos va a permitir hacer una problematización con nociones como la autonomía, la libertad y el grado de imposibilidad de los lazos sociales, especialmente con teorías actuales que tocan la vida social y la noción de ciudadanía.

Primer periodo: 1958-1982



Figura 2. “El Cristo campesino”, foto icónica de la violencia entre liberales y conservadores. Fue tomada entre 1946 y 1953 por un fotógrafo desconocido. Fuente: goo.gl/5CSrJc

Imagine por un momento que hace 70 años podían matarlo por sus ideas políticas o por pertenecer a un determinado partido. Hoy en día, es raro que esto pase y en muchas familias, entre pares y amigos, existen diferentes posiciones políticas que no afectan directamente la integridad física del otro. Esto no siempre fue así: durante gran parte de los siglos XIX y XX los partidos políticos tradicionales solucionaron las disputas por el poder de forma extremadamente violenta. ¿El fin último de toda la sangre derramada? Dominar el Estado. La lucha entre liberales y conservadores es conocida como la época de **La violencia** (desde 1946 hasta 1958, aproximadamente). Este enfrentamiento fue promovido por el presidente conservador Laureano Gómez.



La violencia

Periodo histórico colombiano que se caracterizó por continuos y sistemáticos asesinatos y violaciones de derechos humanos en el marco de la disputa del poder entre liberales y conservadores (Grupo de Memoria Histórica, 2013).

Con esto, las diferencias políticas se transformaron en una confrontación bélica. Por un lado, estaban los liberales con sus guerrillas (así es, las guerrillas no han sido únicamente las FARC y el ELN) y, por el otro, estaban los conservadores con las Fuerzas Armadas, la burocracia estatal y la “policía chulavita”, conformada por asesinos a sueldo, cuya única función era matar liberales; su pago se daba por cada oreja cortada. En esa época, la Constitución ordenaba a los uniformados ser apolíticos, pero gran parte de los asesinatos los cometieron las fuerzas del Estado que, además, contaban con la aprobación explícita de la Iglesia católica.

La violencia, que tiene como trasfondo la represión de movimientos populares, agrarios y obreros, alcanzó su máximo grado con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948, suceso que desató el Bogotazo. ¿Qué quedó de todo esto? Una cruenta naturalización de formas atroces de eliminar al adversario, como el descuartizamiento de hombres vivos y las decapitaciones.



Instrucción

Para complementar esta información, lo invito a revisar la siguiente lectura. Además, encontrará una animación titulada “La guerra en la primera mitad del siglo XX” en los recursos de aprendizaje.



Participación de la sociedad civil en la construcción de la paz en Colombia en el marco del proceso electoral

Dorys Ardila Muñoz

Para eliminar la cruda violencia, el General Rojas Pinilla, presidente entre 1953 y 1957, dio amnistía a las guerrillas liberales y a las autodefensas campesinas y comunistas. Las primeras la aceptaron, pero las segundas no, lo cual creó una ofensiva militar que solo cesó con el Frente Nacional. Esta estrategia, creada para mermar el sectarismo partidista y alternar el poder, fue apoyada por Estados Unidos y tenía como objetivo frenar el avance del comunismo en la región, el cual estaba en boga, producto de la Guerra Fría y las revoluciones heredadas de la **Unión Soviética**. En este contexto, aparecen las FARC, como herederas de las antiguas autodefensas comunistas y por el ataque militar a lo que denominaban “repúblicas independientes”, lugares donde el olvido estatal generaba prácticas de autoridad ajenas al control. Además de esto, hasta 1982 encontramos el nacimiento de grupos armados como el ELN, el EPL y el M-19, sin contar con las constantes represiones a las marchas de reivindicación social y los primeros intentos de diálogos de paz con las FARC en 1984.



Unión Soviética

Estado comunista disuelto en el año 1991 y que ocupaba la Rusia actual y gran parte de Europa del Este. Tuvo una enorme injerencia en la consolidación económica e ideológica del movimiento guerrillero en Suramérica (Grupo de Memoria Histórica, 2013).



Instrucción

En este punto, debe realizar la actividad de videopregunta que se encuentra en los recursos del eje.

Segundo periodo: 1982-1996



Figura 3. Portada del periódico *El Espectador* en 1984, a propósito de los primeros intentos de diálogo con las FARC
Fuente: El Espectador

La primera propuesta de paz del presidente Belisario Betancur causó una mayor polarización de la población colombiana en los años 80. Por primera vez en la historia existía un diálogo en contraposición a las armas. Debido a la fuerte polarización y a la poca o nula cultura ciudadana para la paz se encontró resistencia, tanto entre los militares como entre los políticos, quienes veían con recelo un avance electoral de la izquierda guerrillera, puesto que preferían, al parecer, las vacunas, las extorsiones y los secuestros, prácticas comunes dentro de los grupos armados. La Unión Patriótica (UP) fue el mecanismo por el cual se reintegraron los subversivos y participaron de manera legal en la política junto con partidarios urbanos no necesariamente guerrilleros, es decir, simpatizantes.

Debido a esta doble amenaza —militar y electoral— y a que el proceso de reintegración era visto como otra forma de lucha de la guerrilla, se empezaron a crear paramilitares, grupos que consideraban que el gobierno local había traicionado sus intereses de clase y estaba, tal como se dice en la actualidad, entregándole el país a la guerrilla. De tal modo, estos paramilitares se aliaron para acabar impunemente con los efectos democráticos y de amnistía de las negociaciones entre el gobierno y las guerrillas.

Ante el fin de una guerra, se iniciaba otra. Producto de esta desconfianza, empezó a promoverse la formación de grupos de autodefensas, en tanto se buscaba privatizar la lucha insurgente por medio de la financiación particular de grupos delincuenciales.

En este periodo ocurrió uno de los sucesos más tristes de la historia de nuestro país: la toma del Palacio de Justicia por parte del M-19. Este fue uno de los escollos más complejos para la naciente cultura de paz, pues fracturó definitivamente las negociaciones, sumando la matanza sistemática de los integrantes de la UP. Lo que quedó del proceso de paz fue la impresión de que las guerrillas se habían hecho mucho más fuertes y que estaban más equipadas para la guerra.

Para dar una idea de lo ocurrido, durante esta época fueron asesinados ocho congresistas, 13 diputados, 70 concejales, 11 alcaldes, dos candidatos presidenciales y miles de militantes de todos los bandos, principalmente por los paramilitares, en relación con las fuerzas del Estado y el narcotráfico. Esta explosión del paramilitarismo produjo la unión entre las autodefensas y el narcotráfico, este último, generalmente, fungía como financista de las actividades de las autodefensas. Básicamente, buscaban defender sus patrimonios y los de los políticos amigos y expandir los negocios ilegales, especialmente el de la cocaína. Así nació el narcoparamilitarismo.

Es significativo anotar que el auge territorial de las guerrillas, la violencia de los paramilitares y el narcotráfico también se debieron a fenómenos económicos, pues durante este tiempo el país sufrió enormes cambios que multiplicaron los conflictos sociales, creando polos de desarrollo diferenciales, fundamentalmente por la locomotora minera, la cual dejó atrás el café como el producto de mayor importancia. Lo curioso fue que la guerra derrotó la cultura ciudadana de paz y la falta de solidaridad, comprensión, libertad y autonomía desembocó en una guerra más cruenta.



Instrucción

Revise el estudio de caso "El Bogotazo".

Tercer y cuarto periodo: 1996-2017

Por el fracaso de las negociaciones entre el gobierno y las FARC y la creciente expansión de la guerra, se optó por resolver el conflicto armado por una vía directamente militar. Esta fue la razón de la victoria de Álvaro Uribe Vélez en el año 2002 y de su reelección en el 2006; además, se sumaron los logros de su política de defensa y seguridad democrática. Su propuesta tenía que ver con la profundización de la guerra, negándole a estos grupos cualquier rasgo político o ideológico, y la desmovilización de los paramilitares, con resultados contradictorios y desiguales. De tal modo, el diálogo solo se dio con una parte del conflicto, pues la guerrilla era vista como un grupo criminal en contra del Estado de derecho.

El resultado fue, sin duda, la reducción del poder y de la acción guerrillera. Sin embargo, esto no fue gratis. Los costos se evidenciaron en los altos impuestos y en cómo se afectaron las instituciones del Estado. Un claro ejemplo de esto es que, en busca de incentivos por dar de baja, la fuerza pública empleó tácticas como los falsos positivos, es decir, el asesinato de civiles, generalmente de barrios bajos, indigentes o drogadictos, haciéndolos pasar por guerrilleros dados de baja en combate.

El 31 de mayo del 2011 la Fiscalía llevaba más de 1.400 investigaciones contra mandos militares o civiles por su relación en estos hechos, las cuales sumaban más de 2.500 víctimas.



Figura 4. Miles de madres se unieron para no dejar impunes los crímenes cometidos contra sus hijos. En la foto vemos algunas de ellas en la condena a 40 años a quien fuera el reclutador de los falsos positivos en Soacha, Pedro Antonio Agámez Díaz. Los muchachos aparecieron muertos en Sucre en “combate”. Las edades no superaban los 25 años.

Fuente: goo.gl/jtNmCk

La estrategia de seguridad también generó un hostil seguimiento judicial y político a las organizaciones que estaban en contra del gobierno de paso. Encontramos, por ejemplo, interceptaciones telefónicas y seguimientos ilegales a políticos, periodistas y abogados. Sin embargo, como suele ocurrir en las guerras, pese a los duros golpes a la guerrilla, no se pudo decir que se extinguieron por la acción militar.

Curiosamente, en los diálogos con las AUC, la desmovilización casi contemplaba la impunidad de los crímenes de guerra, además, no reconocía el derecho de las víctimas. Aún más crítico fue que la ciudadanía no expresó su descontento o no se hizo sentir del mismo modo que en el diálogo con las FARC en La Habana. La respuesta a esto no es una sola, pero, sin duda, se trata de la forma social en que se ha inscrito la guerrilla en el imaginario social, a comparación de los paramilitares, quienes fueron creados por diversos sectores, como el ganadero.

Cuando el diálogo fracasa, generalmente, se recrudece la guerra. Así, en el año 2002, las FARC desencadenan una ofensiva militar de gran magnitud, entre los sucesos se cuentan: un carro bomba en Villavicencio que dejó 10 muertos, el secuestro y asesinato de diputados del Valle del Cauca y el atentado en el Club El Nogal en Bogotá. Su intención era generar un clima de asedio contra centros urbanos, mostrando un despliegue no solo en el campo, sino también en las principales urbes.

En este contexto, Juan Manuel Santos asume el liderazgo del Estado, teniendo como bandera, en principio, la continuación de la **seguridad democrática**. Pronto, se alejó de esto y apostó por el proceso de paz con las FARC, el cual se logró y dejó el reto ciudadano de implementarlo. Solo en la vida social, con nuestro aporte y compromiso, podremos ver aplicado lo pactado. Para esto, es importante guiarnos por nuestra razón educada. Si nos quedamos con la lectura de antaño, solo vamos a lograr una obediencia ciega y un aval tácito de la cruenta guerra, pues tanto el poder político como el religioso han exigido históricamente aceptación y sumisión, coartando la posibilidad de que cada hombre sea autónomo y libre. Solo con autonomía y libertad se pueden entender la vida ciudadana y la reinserción para apostarle a la paz.



Seguridad democrática

Política gubernamental de Álvaro Uribe Vélez para frenar la fuerza guerrillera. Se aumentó el accionar militar y se implementaron nuevas tácticas, como una red de informantes, soldados campesinos y el aumento del impuesto a la guerra (Grupo de Memoria Histórica, 2013).

La autonomía

Uno de los pilares fundamentales de la ciudadanía, la ley y la existencia del Estado es el estatuto de libertad y de autonomía. Estos conceptos resultan claves en la teoría política en tanto la noción misma de ciudadano reposa bajo ellos. Se entiende por autonomía cuando un sujeto responde de forma efectiva e idónea a la autogobernanza, esto es, la capacidad que tienen los hombres libres de responder a un mandato interior, es decir, que las leyes existen de forma intrínseca encarnando una moralidad. El nacimiento de estas leyes no tiene otra raíz, sino la razón misma y se debe expresar como un imperativo categórico. Las bases de estas ideas se derivan de las conquistas de la Ilustración que hemos visto en el eje 1; así, la búsqueda de la emancipación humana debe ser parte de la agenda pública y privada. El fin de la emancipación es la mayoría de edad, pero no desde la perspectiva jurídica, la cual supone la relación entre una determinada edad y la autonomía de la razón.

En conclusión, la autonomía es la capacidad de tomar decisiones por medio de nuestra razón, sin la determinación de un aparato social. Un ejemplo de esto es apostarle a la paz por empatía con las víctimas y no por un mandato de las autoridades que actúan más como jueces vengativos que como seres humanos. Jurídicamente, la mayoría de edad permite ejercer de manera pública la autonomía, por ejemplo, al votar, elegir una religión o participar en un partido político.

Sin embargo, la autonomía no solo se aplica a los sujetos, sino que es transportada al plano empresarial, incluso al territorial. Vemos que en las noticias se habla de la autonomía de los Estados, del derecho de decisión de comunidades o de la necesidad de escribir de forma autónoma una historia, en el caso de los países con una fuerte carga colonial. La autonomía es, a su vez, inalienable en tanto está por encima, en muchos casos, de los deberes nacionales. Casos famosos son los grupos religiosos que son exonerados de cantar el himno de su nación en eventos públicos o de prestar el servicio militar, dado que la adopción de determinado dogma prohíbe estas prácticas.

La libertad

Para Kant, la libertad y la autonomía son una misma cosa, pues comparten su génesis en la razón. La libertad es la autonomía de la voluntad. Para Kant, la razón teórica, al solo dirigirse a los fenómenos sensibles, está sometida a las leyes de la naturaleza y a las necesidades de la misma. Contrario es la razón práctica, pues si bien todos estamos determinados por las leyes naturales, se debe defender la libertad: estar sujeto a leyes que determinan los actos deja fuera el mundo de la responsabilidad y la moralidad.

En conclusión: la libertad es el condicionante de la moralidad, a la vez que la moralidad es lo que nos muestra los efectos psicológicos de la libertad, por ejemplo, la culpa, la satisfacción, entre otros. Podríamos decir que la libertad y la responsabilidad son las fuentes esenciales del hombre adulto que vive en relaciones políticas. De este modo, la política tiene un nuevo significado, en tanto es lo inevitable de los vínculos humanos, pues es la forma en que se determinan roles, especialmente aquellos que tienen que ver con los deberes adquiridos por ser parte de una comunidad y las responsabilidades de transgredir el pacto humano.

Hemos visto los aportes fundamentales de la ciudadanía en la paz, hemos problematizado los mismos y esperamos que cada uno pueda sacar sus conclusiones, pues esto siempre es válido para pensar las situaciones actuales y tener posturas críticas frente a los contradictorios sucesos de la realidad colombiana y mundial. Sin embargo, los lazos sociales, también pueden abordarse desde otra perspectiva.



Instrucción

Revise el estudio de caso
"Código de Policía".

Lo imposible como una forma de pensar lo posible

Recordemos que la tradición de la racionalidad política y ciudadana que funda el liberalismo alemán y que heredó nuestro Estado de derecho empieza a encontrar sus derroteros operativos al enfrentar la experiencia del fascismo hitleriano. Sin duda, la ciudadanía y la participación democrática habían sido reemplazadas por un aparato militar discriminatorio y violento. Digamos, además, que la historia se repitió en Colombia, puesto que la guerra puso en suspensión la gobernabilidad.

La ciudadanía es un espacio de alteridad donde todo el tiempo se juegan posiciones subjetivas y políticas contrarias, por ejemplo, liberales y conservadores, ricos y pobres, nacionales y extranjeros. Estos binarios dialécticos suponen el ejercicio de la diferencia a partir de la premisa: el otro existe en la medida en que lo reconocemos como sustancia extensa —en negativo— de nuestra propia afirmación. El más claro ejemplo en nuestra ciudad lo vimos en las elecciones sobre los acuerdos de paz, en las cuales ganó la opción “no”.

No podemos decir que las personas que votaron por el no le apuestan a la guerra de forma directa o que no tienen empatía con aquellos que la han sufrido. Decimos más bien que la vida ciudadana se caracteriza precisamente porque lo que algunos entienden como paz no es igual a lo que entienden otros. La vida ciudadana está llena de perspectivas diferentes y es nuestro trabajo entender, permitir y resolver tensiones como las que nuestro país está viviendo.

Otro ejemplo lo vemos diariamente con la migración venezolana a nuestro país. Esperamos que la construcción de “colombianidad” no esté dada por el desprecio de aquel que se nos aparece como extranjero. Por ejemplo, la experiencia alemana del fascismo y la época de La violencia borraron totalmente la figura del otro. Bien sea endógeno —amigos— o exógeno —enemigos—, el lugar de la ciudadanía y el proyecto de la mayoría de edad se intersectan con lo imposible, esto es, la constante dislocación de los lazos humanos.

Para Freud (1999), el proyecto ciudadano —la cultura— significa, en cierto sentido, privación, en tanto tenemos que “reprimir” contenidos pulsionales violentos para poder vivir en sociedad, por ejemplo, las riñas producidas por tener que tolerar la diferencia. Podríamos concluir que la experiencia ciudadana se da en un orden de ingenuidad, pues pensamos que sus fallas son un problema de administración.

De esta forma, la cultura es siempre una forma imperfecta de organización humana, dado que tenemos que renovarla constantemente para que no se pierda. A pesar de las fallas, y aun sobre estas, la cultura debe compensar los castigos que impone el sostenimiento de la misma. La mejor forma han sido los ideales, de los cuales participan inclusive las clases más pobres, esto es, la cuota de satisfacción que posibilita cierta cohesión: “Si no existieran estas relaciones, satisfactorias en el fondo, sería incomprensible que ciertas civilizaciones se hayan conservado tanto tiempo, a pesar de la justificada hostilidad de grandes masas de hombres” (Mouffe citando a Freud, 2004, p. 55).

Laclau y Mouffe (2011) ponen en cuestión que las ideas ilustradas constituyan un progreso para la humanidad, puesto que vemos cómo las guerras y las diferencias se agudizan al no existir el diálogo, claro ejemplo de lo que vimos en el repaso de la situación en Colombia. Este principio va a ser un pilar en las ulteriores elaboraciones de este nuevo enfoque en ciencia política que desde un inicio fue nominado como democracia radical. Para ellos, la Ilustración y, especialmente, las teorías liberales que nacieron de la misma niegan la dimensión antagónica constitutiva de lo político (Mouffe, 2012). En otras palabras, si bien la violencia no es algo natural al hombre, parece que la misma siempre es el camino más fácil, dado que involucra una acción directamente más placentera que tener que escuchar, comprender y aceptar al otro. La ciudadanía en Colombia es experta en estos temas.

Para entender este enfoque tenemos que reconocer que los vínculos sociales y los ciudadanos no emergen de una bondad interior ni de la empatía, la reciprocidad o la razón (la supuesta tendencia natural-instintiva que hace que los hombres busquen el constante equilibrio, esto es, una especie de homeostasis social). La ciudadanía, por el contrario, emerge para hacer frente al asesinato, la agresividad, la tendencia pulsional —por ejemplo, las revoluciones, el colonialismo y las luchas sociales que a nombre de altos ideales derraman constantemente sangre—.

Esta nueva visión entiende que los lazos ciudadanos son imposibles, en el sentido de que tenemos que desarmarlos todo el tiempo para poder vivir en paz. Para Mouffe (2002), es la política la que se encarga de llenar estos vacíos constitutivos del sujeto: el Estado, gracias a la sociedad, nos otorga una identidad y, en torno a la imposibilidad de la fijación de sentido último y comunal, posibilita trazar una identidad. La experiencia límite de toda objetividad, por ejemplo, la libertad y la autonomía como proyectos ideales, es lo que los autores llaman **antagonismo**, en tanto traduce una relación limítrofe con el otro: lo que me impide ser “libre y autónomo” no soy yo, sino el otro.



Antagonismo

Teoría política que promueve de forma positiva, sin recurrir a la violencia directa o simbólica, los conflictos políticos, de tal modo que la democracia no es resultado de un consenso, sino de una lucha de poderes. El objetivo del antagonismo es dirigir de forma positiva los conflictos ciudadanos y democráticos, no dejándolos de lado por el consenso social (Mouffe, 2012).

Toda búsqueda de símbolo del ser es antagonizada por un símbolo de mí no ser y, por lo tanto, la pluralidad de sentidos impide la positividad plena y la realización de un proyecto ciudadano último. Por ejemplo, ¿no necesitan los partidarios de la paz sin impunidad la guerra a toda costa para otorgar identidad ciudadana a sus participantes?: “Todos participamos en numerosos sistemas de creencias que son contradictorios entre sí y, sin embargo, ningún antagonismo surge de estas contradicciones. La contradicción no implica pues, necesariamente, una relación antagónica” (Mouffe, 2012, p. 48).

La relación antagónica es, en palabras de Laclau (2012), una “plenitud ausente”, en tanto de esta se supone un límite en las relaciones del “yo” y el “otro”. “Debemos pues considerar la apertura lo social como esencia negativa de lo existente, y a los diversos órdenes sociales como intentos precarios y en última instancia fallidos de domesticar el campo de las diferencias” (p. 75).

De este modo, la ciudadanía sufre constantes antagonismos que ponen en peligro de desintegración a la comunidad humana. Las posibilidades de hacer fuerza en contra de esta imposibilidad vienen a ser los procesos sociales de participación pública, incluso la necesidad de unión emocional con partidos o líderes políticos. Ese proceso de identificación —que es siempre “nosotros”— se sustenta sobre su contraparte: “ellos”. Sobre ese ejercicio ciudadano nos encontramos con la imposibilidad de desarmar la lucha imaginaria que es, en principio, el reconocimiento de la alteridad en las luchas democráticas: “Lo que quiero sugerir es que, entendidas de un modo agonista, las instituciones democráticas pueden contribuir a este desarme de las fuerzas libidinales que conducen a la hostilidad y que están siempre presentes en las sociedades humanas” (Mouffe, 2012, p. 33).

La política existe, en principio, en tanto debatimos: ¿es la razón del más fuerte la mejor?, ¿tenemos que aceptar el designio de reconocer que, en la vida social, la mayoría de las veces, estamos en desventaja? La política es el producto histórico que cierta articulación sedimenta en la realidad social haciendo posible y vivible el mundo. Lo social es resultado de lo que articula y de lo que excluye. Toda sociedad tiene una exterioridad, un “enemigo” real o imaginario que ayuda a que se una de forma interior el grupo.

El exceso convulsivo de las configuraciones ciudadanas es siempre una cuestión de los seres humanos. Colombia vivió la (im)posibilidad de las formas actuales con la victoria del no y la implementación de los acuerdos de paz. El reto es la construcción de un “saber hacer” con y desde la imposibilidad.

Tomar en serio estas consecuencias es reconocer que, por ejemplo, los seres humanos no podemos escapar de las tendencias pulsionales violentas. Por supuesto, esto no significa que todos somos especies de asesinos esperando a las presas, sino que la libertad y la autonomía, generalmente, van a chocar con la libertad y la autonomía del otro. La pregunta que todos tenemos que hacernos es: ¿pueden mi libertad y mi uso de la razón aportar a la integración, la dignidad y la paz de las personas que, por razones concretas, han sufrido o participado en la guerra?

Adorno, Th. W. y Horkheimer, M. (1994). *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid, España: Trotta.

Freud, S. (1999). *El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura y otras obras*. Madrid, España: Biblioteca Nueva.

Grupo de Memoria Histórica. (2013). *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá, Colombia: Imprenta Nacional.

Kant, E. (1980). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid, España: Espasa Calpe.

Kant, E. (1989). *¿Qué es Ilustración?* Madrid, España: Tecnos.

Kant, E. (1989). *La metafísica de las costumbres*. Madrid, España: Tecnos.

Laclau, E. y Mouffe, C. (2011). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Mouffe, C. (2011). *En torno a lo político*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Mouffe, C. (2012). *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política democrática*. Editorial Gedisa S. A.